

TANGER 47, por Vicente de Lerins

Acabo de llegar al mar y creo que a la hora convenida. Antes he debido cruzar solitario y a hurtadillas una península otoñal, ajena y de estraperlo; vengo del norte, de la Sierra donde campan la hambruna y el maquis, alumbrado por un estrecho gajo de luna cómplice, un astro semejante a la hoja plateada de mi navaja que ahora siento palpando sobre el bolsillo en un acto reflejo de defensa, caminando sobre el antiguo y vertical eje de la vía de la plata, única ruta expedita, recorriendo los cordeles, atajos y veredas más desiertos, prefiriendo los huérfanos de tricornios, capotes y harapientos delatores casuales, con el hatillo breve, ligero, en muchos tramos totalmente vacío, he vagado todo este tiempo como un animal acosado, como un presa desolada y accesible perseguida por una jauría hambrienta de hombres convertidos en crueles animales resentidos.

Acabo de llegar, exhausto, anhelando un sueño profundo y reparador –el diurno, un duermevela con la cabeza mirando al norte– al crepúsculo liar el ato, soltar las piernas y abandonarlas a un compás ingrátido, automático, incesante e imparable como una noria, silencioso y nocturno . Acabo de llegar a la playa de los Caños de Meca y recostarme entre altas tamujas que discretamente me ocultan de inquisidoras y acechantes vistas, omnipresentes ojos de verdugos rebeldes y voraces, insaciables. En el hatillo queso, nueces y castañas, algún higo de los campos cercanos que me vienen a socorrer como bálsamo y que deseo sean los postreros de mi lejano recuerdo, tierras de una patria inhóspita que ahora columbro difuminándose en la lejanía hacia las tierras interiores cuajadas de pitas y chumberas. Es la primera vez en todo este tiempo de derrota y mansedumbre que comeré tranquilo, sabedor de que hoy es mi último día de marcha terrestre, mudaré en exiliado que nunca más volverá a andar agobiado bajo la

incansable y pertinaz traílla de estos locos perseguidores, un hombre desprovisto de raíces, habitante de un territorio más libertario y mundial que patrio y encorsetado.

He devorado con avidez la frugal comida y como un asustado pajarillo que se sabe acechado, de hito en hito observo por entre las matas o dejo de masticar a mitad del bocado para aguzar el oído, concentrarme y anular en mi sentidos el ventarrón exterior del estrecho que mueve ahora los arbustos más bajos, inclina las melenas más altas de las escobas y ellas aprovechan para abrazarse, besarse... mientras el mar como un mirón lascivo brama desvaneciendo las olas en puntillas a sus pies.

De nuevo retumban como un eco en el túnel de mi memoria las palabras del camarada Girón: “¡camina!, no te detengas hasta la llegada, ¡muévete, nunca te pares! camarón que se duerme lo lleva la corriente...” Intento no desfallecer, fundir esta realidad con un sueño, pero el sopor que me embriaga es intenso, me acoplo al suelo adoptando la posición de un garabato, un cuatro fetal originario, y la ensoñación aparece... Entre las rendijas del sueño logro recordar como si estuviera allí mismo, en la Sierra que nos amparaba, las cartas que Girón recibía de Tánger, donde vivía su hermano Ismael, y que nos leía en el *filandón* de las noches frías, al calor de un fuego de campamento guerrillero. Nosotros al oírlas, con las caras rutilantes y la mirada perdida en un horizonte imposible, viajábamos a aquellos extraños y quiméricos lugares dándole un ambiguo sentido al negro futuro que se nos presentaba. “¡Atilano te va a sonreír la suerte en Tánger!, este año 47 y con una carta para Ismael” eran las palabras de despedida de mis amigos de la cuadrilla. ¿Habrà vida después del invierno?

Soñada ciudad epistolar y convenientemente memorizada, la Tánger de posguerra, ese Tánger Internacional de todos y de nadie a la vez, ciudad descrita como un bloque blanco de escultura cubista expuesta contra un fondo montañoso, huérfana, sin identidad como yo mismo pero también punto de encuentro, islote de promiscuidad

cultural, libertad, hecha a golpe de fusión de razas y lenguas, de respeto mutuo y tolerancia, cosmopolita y exótica, “*ville de plaisir*” como la cita Ismael en sus misivas, única y sucesora oceánica de las antiguas Alejandrías mediterráneas; cristianitos, judíos, musulmanes, hindúes, espacios de convivencia tangerina pacífica escribe Ismael desde su barra en el Café Central donde ve fumar a las mujeres, libres, vestidas a la última moda francesa o americana, que conversan en sefardí, francés, árabe, inglés o castellano, sirviendoles el té moruno más rico de África, tajarichas especiales para el aperitivo, cenas de gala para las habituales fiestas en los palacetes de Mulai Hafid o Villa Harris; tangerinas liberadas que acuden a la playa con bañadores de escasa tela, y toman el sol leyendo revistas francesas de moda profusamente ilustradas...

Me gusta recordar la ciudad tan deseada oyendo el viento y el susurro del mar, mirando la costa africana tan lejos, tan cerca. Este año 47, a tan sólo 47 kilómetros de una quimera: Tánger 47. Oigo ruidos, pasos que se acercan y me pego al suelo, inmóvil, alguien se aproxima, se para, escudriña el horizonte, da cuatro pasos en mi dirección y de nuevo se vuelve a parar cerca de mí, pero no me ha visto, meto la mano en el bolsillo de la chaqueta de pana y agarro fuertemente la navaja. Viste de paisano y eso me tranquiliza. Silbo y el hombre se agacha instintivamente: era la prueba, el miedo. Los dos nos levantamos a un tiempo. Es un madrileño joven –no llegará a los treinta años- que combato en Brunete. Sentados a cubierto hablamos de los últimos diez años. Ellos no tienen guerrilla, se han acomodado, pero el madrileño habla tan bien como yo de tánger y allí se dirige con una mochila cargada de ilusión, de futuro. ¡Que fácil es trabajar en Tánger 47! , comenzar una nueva vida sin pasado en una nebulosa de libertad, donde nadie pregunta ¿de donde eres? Porque todos son forasteros. Va llegando más gente a los Caños de Meca.. grupos de cinco de diez personas... contamos en total cuarenta y tantas. Se oculta el sol y se llega la barcaza. El Patrón es un andaluz de Barbate. Pagamos el

precio establecido y subimos a la embarcación. Sin equipajes, pegados uno contra otro y todos contra el fondo de la patera, restan ocho, diez horas de travesía, la noche se desparrama y comienza el cruce del estrecho. Un inesperado viento de levante pica el mar enfureciéndole, Tánger debe de estar cerca pues se barruntan las luces en la noche oscura. Un fuerte golpe de costado parte en dos la barcaza ruin de madera, el de Barbate pierde el gobierno de la nave y sale despedido como sale también gran parte de los viajeros. Me agarro a un tablón flotante y veo al camarada madrileño subido en lo alto de una ola emitir un grito desgarrado que resonó más como un quejido profundo lanzado por un animal, yo estremecido solte el tablón, el agua negra parecía de alcantarilla, de ciénaga iba llenando poco a poco mis pulmones... y el mar me pareció un acuario oscuro repleto de peces-hombres...

“Engullidos por el océano, desaparecidos para siempre. Son los muertos del mar. Son sus cadáveres, sin identidad. Irreconocibles. Este fue el triste desenlace de una embarcación que ha partido de la costa española y volcado el sábado por la noche en alta mar a varios kilómetros de nuestra bahía, por las condiciones meteorológicas adversas cuando intentaba alcanzar nuestras playas tangerinas. Se cree que al menos cincuenta personas de nacionalidad española han perdido la vida en esta tragedia. Viajan hacinados en pocos metros, sin cartas de navegación, con el agua y la comida justas y a merced de las corrientes del estrecho, pagando un alto peaje monetario para huir de la miseria que a veces se muda en naufragio y desgracia” **DIARIO DE TÁNGER**, domingo 9 de noviembre de 1947.